

y rendir tributo de admiración, en esta hora de profundo sentimiento, a un excelente compatriota que supo servir con eficacia los intereses de su patria.

Olas gigantescas parece que se precipitan sobre Colombia, silba el huracán azotando con furor el acantilado de nuestras instituciones cristianas, se oyen voces desahoradas que blasfeman contra todo lo existente, la sensualidad y la avaricia falsean los fundamentos de la sociedad, el horizonte moral se torna sombrío, no hay respeto a la verdad, está enhiesta la bandera del desorden, y, entre tanto, van desapareciendo uno tras otro los timoneros de la virtud y de la ciencia.

Que el Señor de las Naciones se apiade de nuestra patria amada dándole hombres que sepan dirigirla y engrandecerla, como la engrandeció el eximio varón cuya muerte lamentamos.

Al verlo colocado en el reino de Dios, muy cerca del coro resplandeciente de los doctores, oremos, con el amor que para él guarda el pueblo colombiano, para que hoy se haga eficaz aquella plegaria de la Santa Iglesia al despedir a sus hijos en los confines del tiempo y la eternidad:

*Lux perpetua luceat ei.....*

Que luzca para él la luz perpetua.

---

### MONS. CARRASQUILLA

No esperamos a la muerte de este excelso varón para decir la admiración profunda que nos inspiraba. Las injusticias de la vida, que a nadie perdonan, tampoco lo perdonaron a él. Pero la muerte, que es un proceso de decantación, deja a los ojos de los contempladores el agua cristalina de los hechos grandes, así reconocidos, mientras la injusticia, aliada de los errores reales o aparentes de quienes fueron víctimas de la incomprensión

o del ataque, va quedando entre las impurezas del fondo. Con Monseñor Carrasquilla el proceso se cumplió en vida. Analizado por todos sus aspectos, dejaba en el concepto público un saldo favorable.

Era el primero de nuestros oradores sagrados. En el pasado de la república hay que llegar hasta el arzobispo Mosquera para encontrar una figura equivalente. Entre los contemporáneos de monseñor Carrasquilla, sólo el doctor Carlos Cortés Lee era de su talla. Superior éste por la entonación, por el ademán, por el lirismo, llenaba cualquier templo con su voz maravillosa y sacudía las almas con las soberanas comparaciones de su lenguaje florido. Pero monseñor Carrasquilla, teólogo tan eminente como aquél, lo aventajaba en claridad, en precisión, en cualidades docentes.

Tenía el magnífico dón de definir. De manera natural, espontánea, con la fluidez del manantial que echa sus aguas a cantar por la pendiente, decía sus fórmulas, resultado sin duda de largas meditaciones y acaso de ensayos de exposición en que la palabra rebelde iba sujetándose al querer de su mente ordenada y poderosa. Asistía el oyente, fuera simple fiel que escuchara un sermón o discípulo que recibiera su enseñanza, al espectáculo inolvidable de la acuñación de esas frases, que después quedaban en la memoria como discos áureos para el gasto espiritual en las conversaciones. Lo más difícil había sido macerado, sometido. Y así se escuchaba de sus labios la definición de libertad, honor, respeto, rectitud y tantos otros vocablos, henchidos de sentido, que empleamos a diario sin que seamos capaces de desentrañar lo que contienen. O conceptos tan exactos como éste: «Todos los pecados capitales dan algún placer, menos uno: la envidia. Este es el pecado imperdonable...».

Su palabra, su frase, eran majestuosas. Tenía el giro español, por contraposición al francés en que abundamos los escritores colombianos, y cada cláusula pasaba como vestida con la capa pluvial de los canónigos. Era un poeta cuando contemplaba el cielo y quería transmitir la sensación que lo embargara. Visto por el revés, como lo vemos, el manto de la noche, constelado de estrellas, dejaba a su imaginación la sospecha esplendorosa de lo que debía ser por el derecho. Con pasos vacilantes, causados por la embriaguez de esa misma contemplación en que llegaba hasta el arrobamiento, iba acercándose a Dios. Y en sus cantos de adoración, con palabras magníficas iba diciendo la mísera condición del hombre, pero al propio tiempo la excelsitud de la razón, presencia de Dios en el gusano, que suspendía su ánimo de alguna maravilla. De asombro y de gratitud penetrado, confundido, ha podido llegar hasta el sollozo.

Era grande en las oraciones fúnebres. Nadie las ha hecho mejores en Colombia. De un golpe de vista propio de las águilas caudales abarcaba la existencia de un pontífice, de un prócer, y destacaba de ella lo esencial para mostrarlo todavía con la efervescencia transitoria que la presión de su mente había llevado al jugo de la caña. Antonio Case, el gran orador de Méjico, nos decía, como lo hicimos público va ya para tres años, que nada le había impresionado tanto como la gran oración de monseñor Carrasquilla en la catedral de Lima, en el torneo oratorio del centenario de Ayacucho. Como si hubiera estado penetrado de la idea de que hablaba en aquella ocasión para todo el continente, escaló las cimas más difíciles de la elocuencia, y dejó sacudidas, como las ramas al paso del huracán, las almas.

Así nos sacudió a nosotros, especialmente al hablar de los hombres mayores que aparecieron en la hora ini-

cial de la República. Sangre del más ilustre de los bogotanos de la independencia circulaba por sus venas. Ante sus hechos grandiosos se arrobaba. No excusaba sus errores. Pero tendía sobre ellos el manto de la comprensión, que siempre se confunde con la misericordia. Así dejaba que la sangre hablara y que su amor por el país, a ella mezclado, se revelara en expresiones encendidas, en consideraciones graves, en noble exaltación de todo lo que justifica el orgullo de nuestra nacionalidad, de nuestra historia, característica siempre del hombre bien nacido.

Era un ardoroso patriota. Al frente del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario por un período de tiempo que no ha sido, y que jamás será igualado, se sentía en el corazón de la República. De aquellos claustros, debidos a las luces y a la munificencia de Cristóbal de Torres, gran prelado colonial, habían salido múltiples adolescentes que se llenaron de gloria en el martirio o en las cargas supremas de las batallas emancipadoras. Allí había soñado Caldas sus revoluciones científicas. Allí habían estado presos adalides inquietos de nuestra libertad. Después se habían sucedido las generaciones, amantes del colegio, celosas de su buen nombre, lo mismo durante la dominación liberal, que tuvo al frente de la rectoría a filósofos austeros y hombres de altura moral intachable, que durante el largo período de monseñor Carrasquilla. Todo confundido, mezclado en el recuerdo, hacía venerar los claustros como a testigos seculares de la historia total de la República.

Monseñor Carrasquilla sentía eso. Monseñor Carrasquilla no era un hombre capaz de desconocer la grandeza de sus predecesores, para desacreditar el nombre liberal, ni menos para hacer méritos, generalmente inexistentes en los que denigran y en los que se quejan

de lo mismo que podrían remediar si al esfuerzo aplicaran las energías malgastadas en la crítica. Hay páginas suyas, por cierto muy bellas, en que aparecen Francisco Eustaquio Alvarez y Juan Manuel Rudas, antiguos rectores del Rosario, pintados con mano no sólo justiciera sino cariñosa. Nosotros creemos que monseñor Carrasquilla tenía la caridad del espíritu. Doctrinariamente se enfrentó al liberalismo y expresó conceptos que jamás aceptaríamos los propagandistas y devotos del libre examen. Pero en los hombres de ideas diferentes a las de él no vio réprobos. Desde su punto de vista religioso, que lo hacía considerar dueño de la verdad eterna, se limitó a ver desgraciados.

Dentro de una infinita sencillez, con costumbres de la vieja Santafé, era orgulloso. Pero no era intolerante. Con él se podía conversar de lo más opuesto a su filosofía sin asustarlo. La práctica del confesonario le había dado, antes que el horror de que dan muestras, con grandes aspavientos, los hipócritas, una indulgencia razonada. Había aprendido a sondear el corazón humano y sentía que muchas aberraciones y culpas, condenadas por aprendices de psicología, serían lavadas en la sangre del cordero. El tenía su devoción, la Bordadita, como otro ilustre patricio del clero nacional, el doctor Zaldúa, tiene a la Virgen del Carmen. La misma dulce Señora, en sus diversas advocaciones, inspira la ternura para el pecador. Sin contar con que en el libro del Eclesiástico está dicho que soplar sobre los carbones del pecado, es decir, reprender a un obstinado, es encender la llama para que abrase más, eso lo saben los teólogos.

Del propio modo que los rapsodas, según Plotino, necesitaban esforzarse mucho para recitar a Homero sin sufrir convulsiones, monseñor Carrasquilla tenía que hacerse violencia para no desvanecerse ante la Bordadita.

El espectáculo de un hombre sabio y fuerte, rendido ante una imagen, que es grotesco para «el señor que no comprende», es decir, para el libre pensador que de tal no tenga sino el título, en el fondo es augusto. La ternura humana es sagrada, aunque se deslice sobre una ilusión. Y el culto de la mujer, glorificada en los altares por todo lo que tiene de suave, de maternal, de consolador, de arrullador, es el culto más bello.

Monseñor Carrasquilla fue hombre de muchas disciplinas. Humanista consumado, discípulo fervoroso de santo Tomás, el de Aquino, no el apóstol de la duda, mereció de Roma el título de doctor en teología, y de los hombres de letras el título más alto de presidente o director de la Academia que fija y da esplendor al lenguaje. En este último carácter no hizo nada o prácticamente nada. La Academia de la lengua, exceptuadas algunas recepciones, no ha vuelto a servir desde la muerte de Vergara y Vergara, prácticamente el fundador, para otra cosa que para decir que existe. Pero a ella y al país dio lustre monseñor Carrasquilla con su prosa castigada y sus sólidos estudios gramaticales, aparte de sus obras de doctrina, de sus frecuentes artículos y de sus grandes oraciones fúnebres.

Como escritor festivo, para reuniones íntimas, reveló que había heredado la chispa de su padre. No tenía aspecto de tal, ni su carrera sacerdotal le permitía probarlo con frecuencia ante el público. Pero quienes lo trataron de cerca, quienes pudieron penetrar en la intimidad de su vida, quienes se acercaron a su corazón, lleno de paz, como un oasis, pueden certificar que era hombre de risa llena, de amables ocurrencias, que podía versificar cosas ligeras para alegría de amigos. La corteza en él era áspera. El interior, muy blando. Aco-gía con gran bondad y no olvidaba nunca el cariño y la lealtad de sus discípulos. Entre éstos, cosa extraña,

los más fieles, los más efusivos, los más celosos en la defensa de su carácter o de sus actitudes, por regla ordinaria fueron liberales.

Nosotros no fuimos discípulos suyos, pero sí rosaristas transitorios, y como tales estuvimos cerca de su vida y de su espíritu. Deudores suyos fuimos cuando en páginas de la revista del colegio elogió la tesis que sobre el papel moneda en Colombia presentamos en un colegio de Europa. Públicamente le expresamos nuestro agradecimiento. Y a través de los años mantuvimos el cariño al amigo y la lealtad a ese recuerdo. La desaparición del hombre ilustre nos contristó en lo íntimo. Devotamente fuimos a contemplar sus facciones, serenadas, ennoblecidas, casi risueñas, en la paz de la muerte. Debí cerrar los ojos con la certidumbre de que iría a abrirlos en lugares felices. Y lo que vio o lo que presintió al despedirse de la tierra fue lo que cuajó en esa dulce serenidad, que nos dejó a cuantos lo amamos como último recuerdo.

L. E. NIETO CABALLERO

(De *El Espectador*, marzo 27).

### MONS. CARRASQUILLA

El hombre que acaba de morir, a quien sus virtudes de pensamiento elevaron a una jerarquía excepcional entre sus contemporáneos, nos deja el más vasto ejemplo de disciplina mental, que deberíamos recoger como se recogen las reliquias de los santos el día de tránsito al cielo. Rafael María Carrasquilla, encerrado en el austero edificio donde Fray Cristóbal de Torres seguía rigiendo al través del tiempo por medio de rígidas reglas inalterables, era un asceta de la filosofía, un rudo dominador de la verdad, un varón fuerte, dedicado al culto sobrio de los héroes de la inteligencia.

Monseñor Carrasquilla no fue santo si santo se dice

de quien llega al mundo con la inocencia primordial. De Francisco de Asís lo separaba la penetración crítica, que ahondaba en el alma de los hombres y que en ellos veía la bajeza, la humillación permanente y los apetitos hervorosos. Pero en lugar de dictarle ese conocimiento un desprecio universal de filósofo, Carrasquilla llenó su alma de piedad serena, de inalterable caridad tácita. Y eligió así la carrera que más se adaptaba a su alma, llena de jugos de razón y de cordialidad. El claustro del Rosario fue el castillo para su espíritu desprendido de las cosas mínimas, el baluarte para su inteligencia tradicionalista, el convento para su reflexión serena y didáctica.

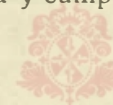
El último tradicionalista, tal vez el único que ha existido en esta época, desaparece con monseñor Rafael María Carrasquilla. La tradición no era en él solamente una idea, sino una cristalización sentimental. Amaba la tradición con el fervor que otros aman la vida. Para monseñor Carrasquilla la tradición era algo como el Organo aristotélico, como la suprema ordenación de los espíritus. Y en un país que estaba improvisando todas las mañanas un sistema de vida, Carrasquilla, que seguía las huellas del docto y santo Tomás de Aquino, se empeñaba en darla una fisonomía antigua a la República prematura y frágil.

Ayer, después de morir Rafael María Carrasquilla, mientras un pueblo emocionado se turnaba en la compañía del cadáver, velado por una guardia emocionada de discípulos jóvenes, recorrimos otra vez el claustro, el alma mater, la cuna de la República. Todo allí ha sido hecho con el aliento creador de Carrasquilla. El fue quien creó, amasándola con su cariño, una tradición al vetusto colegio que fundó fray Cristóbal de Torres. Desenterró la memoria perdida del dominico y hurgó en esa vida remota con paciencia de investigador, para hallar nuevas virtudes y ejemplares calidades de pensamiento en el fundador del

Colegio Mayor. Grabó en cada aula el nombre de un prócer de la inteligencia. Allí, en una de ellas, la Masústegui, dictó su clase de metafísica, entre el respeto profundo de los discípulos silenciosos. Los corredores anchos, con arcos sobre el patio, grande como el de un cuartel y austero como el de un convento, fueron propicios para sus paseos taciturnos, donde, envuelto en el humo de un cigarrillo habano, acariciando con los ojos toda aquella creación suya, era a la vez un solitario y un emperador. Y si por alguna excepcional circunstancia, en medio de aquel grave silencio descendía al patio algún gorrión arbitrario y menudo, el rostro del metafísico se desprendía de su gravedad de piedra monumental, y se quedaba absorto, como si recordara entonces que Dios había completado su obra haciendo, además de santos y doctores, criaturas humildes y decorativas.

Cuna de la República, escribió él mismo en mármol sobre los muros del colegio. Y en realidad allí, a cada paso, el historiador Carrasquilla reconstruyó alguna escena del nacimiento atormentado de la democracia. Bajó Caldas, catedrático del colegio, por la escalera central, hacia el patíbulo, y bajaba «para ascender a la inmortalidad». Policarpa Salavarrieta estuvo presa en celda marcada también sobre el mármol. Y los retratos engolados, y empurpurados de los rectores llenan una galería de rostros severos, manos alargadas y gestos inteligentes, como si en el claustro se hubiera propuesto monseñor hacer una colección de talentos.

Profundamente humano el eclesiástico que ha desaparecido buscaba para su propia grandeza la compañía de los hombres ilustres desaparecidos. Respetaba a los contemporáneos humildes, y se empeñaba en formar una República unida en el crisol de su colegio. Las viejas instituciones aristocráticas que respetaba y cumplía, le ser-



vían ahora, en una democracia que amaba, para formar un escalafón de talento, una jerarquía de inteligencia, y la mesa de los colegiales, que sirvió en los días de fray Cristóbal para la sobria comida de los nobles americanos, ahora tornóse en un cenáculo de mozos de estudio, predilectos del rector filósofo.

Años pasarán sin que en Colombia surja un hombre de las cualidades morales de monseñor Carrasquilla. Tien- de el país hacia una estandarización de las virtudes, que las hace más pequeñas y numerosas en los hombres, pero menos definidas. En Carrasquilla todo fue suntuoso. Has- ta su misma pobreza, cultivada con orgullo sacerdotal, vestía mejor su cuerpo que los morados y púrpuras, y su mano trémula, que en los últimos años temblaba en el acompañamiento de la voz, hubiera encontrado superflua la ornamentación de amatistas.

No fue pastor de sede episcopal o archiepiscopal, y sin embargo ningún arzobispo ejerció sobre el pueblo una mayor influencia. Presidentes y ministros, diplomáticos y militares, políticos de ambos partidos fueron muchas ve- ces a su retiro de la calle 14 a pedir consejo o apoyo. Mu- chos, cuyo encumbramiento a altas jerarquías debieronlo a su complacencia, lo traicionaron en el afecto. Y sólo ello se explica por el temor vacilante de conciencias débi- les ante el infljo didáctico de un cerebro acostumbrado.

La Iglesia, que tuvo en Carrasquilla, Herrera y Cortés Lee un triángulo de apoyo, pierde con el último extinto su más erudito exégeta y un teólogo maravilloso. La Re- pública al mejor capitán para una hora de peligro.

ALBERTO LLERAS

(De *El Espetador*, marzo 27).

## MONS. CARRASQUILLA

La muerte de Monseñor Rafael María Carrasquilla es un acontecimiento doloroso para la República, y para la Iglesia que tenían en él un devoto que les daba prestigio con sus múltiples talentos.

Bogotá, que sabe lucir las bellezas del espíritu, se sen- tía orgullosa de Monseñor Carrasquilla, y era una gloria para un hogar que él lo visitara.

No fuimos su discípulo en el sentido pedagógico, pero sí lo fuimos en el orden de las ideas, pues con la lectura de sus escritos y al escuchar sus conferencias en la cate- dral, se robustecía nuestra fe y se consolidaban nuestros principios. Muchas páginas hermosas del Padre Carras- quilla deleitaron nuestra inteligencia, pero tal vez la que más hirió nuestra sensibilidad fue su artículo necrológico al señor Caro.

Como reconocimiento máximo a la grandeza de aquel hombre, decía Monseñor que cuando él escribía algo, su única preocupación era pensar: «qué dirá el señor Ca- ro»? La muerte le arrebatava aquella expectativa intelec- tual.

Quien no tuviera otra noticia de la sabiduría del tra- ductor de Virgilio, podía atenerse a esa expresión de otra de las glorias de Colombia, del sapiente Rector del Cole- gio del Rosario, o sea de aquel foco de luz nacional, para saber que quien le merecía aquella inquietud tenía que ser un gigante.

Estos elogios breves, de grande a grande, son decisivos en las mentes que principian.

Nuestra admiración por las glorias de Bolívar nos la despertó, en gran parte, esta frase del señor Caro que leí- mos casi niños: «la figura del Libertador se nos presenta como la de un semidios». Tal vez entre las afinidades que causaban aquella veneración de Monseñor por Caro ha-

bía el culto a Bolívar. El discurso que el ilustre sacerdote pronunció en Lima, cuando el Centenario de la batalla de Ayacucho, tuvo por tema: Don Simón Rodríguez, maestro del Libertador. Gran educador fue este don Simón Rodríguez, autor de profundos escritos, y su personalidad surge victoriosa de los labios proceros del otro apóstol de la educación, que fue a Lima a dejar bien puesto el nombre de Colombia.

Además de lo que leímos al respecto, nuestro amigo el doctor Pedro Juan Navarro, que fue colega de Monseñor en la delegación colombiana, nos hablaba de la aureola magnífica que rodeaba a aquel ilustre colombiano, no sólo en la categoría de moralista y sacerdote católico pero también como hombre versado en todas las ciencias y como culto y social dentro del molde discreto de su magisterio.

Descanse en paz el austero y grande hombre, cuyo recuerdo queda como perenne estímulo en esa cauda luminosa de cerebros que él formó, y que es gloria de la patria.

(De *El Día*, de Barranquilla).

---

## MANIZALES RENDIRA MAÑANA UN SOLEMNE HOMENAJE A LA MEMORIA DE MONS. CARRASQUILLA

TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE EDUCACIÓN CONCURRIRÁN A LOS ACTOS. LA ASAMBLEA DEL DAPARTAMENTO Y EL CONSEJO MUNICIPAL SE HACEN REPRESENTAR POR COMISIONES ESPECIALES. EMILIO ARIAS MEJÍA PRONUNCIARÁ UN BELLO DISCURSO A NOMBRE DE LOS ANTIGUOS ROSARISTAS.

Los antiguos alumnos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y en general la ciudad de Manizales, rendirá mañana un sincero homenaje a la memoria de monseñor Rafael María Carrasquilla, muerto